

Huellas

**Memorias de resistencia
(Argentina 1974 - 1983)**

María del Carmen Sillato
Coordinación, edición e introducción



NUEVA EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Nora Strejilevich

El 16 de julio de 1977 me secuestraron de mi domicilio en la calle Corrientes, en Buenos Aires, donde vivía con mis padres. Un "Comando Conjunto" allanó el departamento, es decir, lo destrozó, lo saqueó y me robó de mi mundo. Ésa era la conducta habitual de "las fuerzas del orden" en esos tiempos. Auscultaron el equipaje que tenía listo para mi viaje a Israel. Me tiraron al piso (bota en la espalda, arma en la nuca) y me tuvieron en esa posición hasta que culminó la primera etapa de su trabajo. A renglón seguido me sacaron por el ascensor, me metieron en el piso de un auto y en unos veinte minutos me depositaron en el Club Atlético, campo de concentración ubicado en el barrio de San Telmo. Estos y otros datos (que mi hermano, su novia y mis primos hermanos terminaron en el mismo lugar) los verifiqué cuando, al declarar para la Comisión Nacional por la Desaparición de Personas en 1985, y al seguir investigando, tuve la oportunidad de conversar con otros sobrevivientes como Ana María Careaga, Miguel D'Agostino y Mario Villani, que compartieron conmigo su información sobre las fábricas de la muerte.

Antes de que me forzaran a entrar al Ford Falcon sin chapas grité mi nombre y apellido en la calle, lo que generó reacciones airadas. Con un típico lenguaje nazi, resumieron mi crimen: "Judía de mierda, vamos a hacer jabón con vos". En caso de no ser subversiva, igual estaba condenada por judía. No recuerdo la fecha de mi liberación pero todo sucedió en menos de una semana, durante la cual permanecí aislada en una

Nora Strejilevich

celda, esperando (como todos los ciudadanos de esos territorios clandestinos) la próxima sesión de tortura. Cuando me liberaron tomé el vuelo a Tel-Aviv que tenía previsto para ese mes de julio. En unos siete días había cambiado de piel. Desde entonces viví a la deriva por varios países hasta que aterricé en Canadá en 1980; en unos años me aceptaron como refugiada política y entre trámite y trámite para legalizar mi situación a largo plazo, adoptando una nueva ciudadanía, completé el doctorado en literatura latinoamericana.

Empecé a escribir para darle forma a la extrañeza de ser la “de siempre” y a la vez otra, parida en un campo de concentración. Buscando la palabra que me pronunciara aterricé en la poesía. Ese tiempo persistía en mí, no se engarzaba en una cronología, no tenía por sustancia horas de sesenta minutos. Ese tiempo era un agujero negro por donde se esfumaba todo marco de referencia, todo consuelo, todo sentido. Procuré adentrarme en lo que nos y me había pasado; en lo que insistía, implacable, en perdurar a pesar de los cambios geográficos y culturales a los que sometía mi existencia. Necesitaba entender qué huellas dejaba en mí, en la humanidad, en nuestro siglo, lo que padecía sin poder nombrar con todas las letras: el legado del horror.

Ya se dijo muchas veces, y en mi caso es muy cierto: en el exilio mi lengua fue mi país. Al escribir pude darme forma, plasmar un mundo habitable. En mi cuerpo se alojaban tanto el empuje utópico de mi generación como el universo siniestro en que se había hundido. Me atrapaban: yo era su presa, tal vez más que recordar

me urgía liberarme de tanta memoria. Al ponerla en palabras, al elaborarla artísticamente, lograba distanciarla y sentía un alivio. Yo era un átomo separado de su órbita, buscándose entre versos, anhelando reformular ese ayer/hoy punzante para poder convivir con él.

El relato del horror me exigía el uso y abuso de todos los géneros (poesía, testimonio oral, narrativa, periodismo, ensayo). Todos resultaban insuficientes a la hora de contar lo que tenía que contar, y por eso busqué superponerlos, de modo que el sentido se escurriera por las grietas de lo dicho. Tenía que narrar a veces en primera persona, otras en segunda, hasta que surgió un coro de voces que desplegó la intimidad de la catástrofe.

En Tu rostro mañana, de Javier Marías, leí: “es el destino de todo horror y de toda guerra [...] acabar embellecidos y abstractos”. Aunque no me propuse embellecer el horror, en cierta medida lo hice. Pero ¿acaso la estética no nos permite pronunciarlo, contenerlo para que no nos despedace? ¿Acaso no nos recomponemos al crearle nuevos perfiles a esta historia que pretendió borrarlos? Intenté contar de modo que la acción siguiera palpitando en el presente. Es decir, hice literatura basada en mis circunstancias, porque las voces de esos otros me habitaban. El testimonio o el relato del “trauma” modifica, a posteriori, la memoria: uno empieza a recordar, sobre todo, lo que contó. En este desliz la arrasadora intensidad del recuerdo se aplaca, creando una voz que puede pronunciarse sin que el cuerpo se desmorone.

Nora Strejilevich

ANAMNESIS

Sólo la peligrosa inmediatez hace que el cuerpo recuerde la intensidad de esa otra dimensión en la que el pasado inmediato queda como tronchado del porvenir.

Jorge Luis Borges "Emma Zunz"

Radio Invasora 77.07 reporta, Buenos Días... En Otay son 8 carros por carril... Maestros y maestras de verdad hacen paro por tiempo indeterminado... ¿Cuánto te costó tu auto? Tu auto es mucho dinero, protéjelo en Bancomer... Te esperamos en Plaza Monarca, la reina de las marcas... Lástima, no es hora de noticias internacionales en Tijuana. Me cebo un mate. Abro Página 12 versión virtual, ahí no me anunciarán que en sus tiendas el color amarillo está de moda.

“La justicia reclama a otro genocida que vivió tranquilamente en España durante los últimos veinte años”. Por radio nada y por Internet, flechas envenenadas. *En un bosque de la china un milico se perdió ¿porqué no se pierden todos la puta que los parió?* Eso cantábamos. Como nunca nos hicieron caso no se perdieron; se escondieron y los vamos encontrando. Un logro. Y, sin embargo, la caza no me conmueve, más bien me despierta una tibia curiosidad. Tengo que admitirlo, me gustaría alegrarme pero quedo en neutro ¿Será que me habitué? ¿La cómoda distancia del monitor me protege? ¿El sol californiano me endureció la piel? ¿O es que con el tiempo “todo cambia”? Al principio la foto de un desaparecido me producía pánico: si podía la daba vuelta para evitar su mirada, como quien le teme a un bicho. Mi rechazo a esa “otra dimensión” era para mí la prueba irrefutable de que no podría jamás contar lo que nos pasó. Si soy tan cobar-

de, pensaba, ¿cómo enfrentar esos recuerdos? Y si no los cuento, ¿serán recuerdos?

Logré convivir con el tema dando clases. Lo que dicto se cataloga como derechos humanos, y en la bisagra que une estas palabras con cierta literatura armé mi nicho. No hay mejor manera de olvidar que repetir la misma historia, frente a un auditorio, tantas veces como sea necesario. Pude así inventarme una vida normal durante casi treinta años. Pero últimamente pasan cosas. Cosas ínfimas que me alteran más que la suerte de un represor; como si las proporciones se hubieran desarticulado a la distancia. Como si mi destino, antes épico, se jugara ahora en un subsuelo de la historia.

El jefe del Departamento de Literatura Hispánica de la institución donde trabajo como profesora es ingeniero, no habla una sola palabra de español y no sabe nada de letras. El doctor Wall fue nombrado por el rector para imponer orden en nuestro medio, que desde hace años le da dolores de cabeza al decano, por hache o por be. Lo destinaron a nuestro quinto piso por ascensor para hacer que las cosas funcionen como corresponde.

Desde su llegada, los profesores que habíamos sostenido el caos a cuatro manos durante varias tempestades pasamos de indispensables a dispensables. En base a una serie de cálculos científicos, el ingeniero pesó nuestros desaciertos, armó su lista de materiales inflamables y puso manos a la obra para separar la paja del trigo. A partir de entonces fui velozmente incorporada, sin solicitarlo, a la fila de los indeseables. Pasé a ser alguien perseguible, descartable, atacable, humillable y aplastable. Elegante, estatuto o *Policy File* en mano.

El meollo de esta historia no es el guión, ni los temas que se discuten entre bambalinas, ni los nombres propios de los per-

sonajes. El problema no reside ni siquiera en los hechos, sino en la brecha que se va abriendo entre ellos: por ahí se filtra el miedo que se ocupa de ocuparnos. Una leve variación del libreto (el nombramiento de una nueva cabeza *-Head-* para un departamento universitario) y el aire empieza a enrarecerse: deja de circular en relación inversamente proporcional a la abundancia de circulares. Esta cabeza es de pulpo, y sus tentáculos se dedican a aplastar a sus víctimas que, de una a otra semana, no pueden con el peso que ahora arrastran por las salas de clase. Tres de nuestros colegas, durante este período, sigilosamente pidieron licencia por enfermedad. Nadie entiende cómo un lugar que había sido hasta llevadero puede sufrir tamaña metamorfosis. La desconfianza se va filtrando entre lo que se dice y lo que se hace, y eso que las piezas del juego apenas se han movido: un jefe, un par de aliados estratégicamente ubicados (condición insuficiente pero necesaria), un cambio en la atmósfera política como telón de fondo que no se comenta. Los aliados del Dr. Wall le hacen eco a los sutiles controles que ahora ejerce “el sistema” mientras las víctimas sellamos nuestra asfixia con un nombre: Gulag. Entre dientes y con sorna pronunciamos la palabra mágica y nos reímos. Un Gulag de juguete donde se achica, minuto a minuto, el espacio de lo pronunciable. Las habitaciones se llenan de ojos y orejas, seguimos órdenes, avanzamos por los pasillos sin desviar la mirada. Ayer nomás, durante mi hora de oficina, un colega se asomó para comentarme uno de los entretelones del drama a la Orwell que estamos representando. Se asustó cuando golpearon la puerta. Sintió que venían a buscarnos. ¿Qué absurdo no? dijo como disculpándose. Esa noche decidí dar mi seminario sobre literatura argentina en *Food for Thought*. Tratándose de un curso nocturno, la cercanía de un mostrador donde circulan elevadas

dosis de cafeína, calculé, puede garantizar la atención del grupo. La clase sobre “El otro cielo” fue un éxito. Se comentó el ir y venir de la trama entre espacios y tiempos dobles. Buenos Aires y París, en distintas épocas, se cruzan en un personaje que, en cada lugar, vive experiencias opuestas. ¿Qué tal superponer experiencias que no se contrapongan totalmente? Se los daré como ejercicio la semana próxima, decidí cuando abría la puerta del baño. Al cerrarla noté una pintada: “confunden libertad de expresión con libertad de presión”.

Al día siguiente el Dr. Wall me envió uno de sus imperiosos correos electrónicos: “Me dicen que dictó clase fuera de la universidad. Conteste por sí o por no”. Cuando me acerqué para explicarle que lo había hecho y porqué, sentenció que estaba terminantemente prohibido sacar al alumnado del radio del campus. “No lo vuelva a hacer jamás”, gruñó. “De acuerdo, Dr. Wall, no se volverá a repetir”. A renglón seguido el Dr. Wall me lanzó otro mensaje para dejar constancia escrita de mi asumido acto ilegal y de mi compromiso de acogerme al estatuto. Remató con un “jamás”, su jaque mate. Trato de sopesar el efecto que esta palabra ejerce sobre mí. Me dejo atravesar por su violencia de látigo y quedo como tábula rasa, sosteniendo el vacío, buscando respuesta en el punto final. El punto final se agranda, una nebulosa va ocupando el monitor y dibuja una suerte de mapa. Trato de salir de *Yahoo*. El cursor no responde. Debo haber apretado la tecla equivocada y di con *Google Earth*. Se despliega ante mí un Buenos Aires gris, invernal, opaco, las calles de siempre pero más serias, como si un collage de prohibiciones y decretos las mantuviera ordenadas. Es mi ciudad, la que conozco tan bien, ahí está Corrientes, no me cabe duda porque golpean la puerta y sé que vienen por mí. Corro al fondo del departamento, hacia

la puerta de atrás. Qué absurdo ¿no? Hay apenas una salida del edificio en planta baja. No hay salida. El Comando Conjunto ya allanó la casa y estoy atada a una silla contra la pared de la cocina, culpable de los crímenes que ellos descubren, decretan o imaginan, lo mismo da.

Esto no es otra cosa que memoria traumática, diría un experto. La herida sigue ahí, es un grito mudo. ¿Cómo se llama lo que engulle sin dejar rastros? No lo sé. Lo identifico por la forma en que se dispara y me ocupa las neuronas. Si fuera anamnesis, según *Wikipedia*, recuperaría lo olvidado –mi vida pasada– no estas imágenes sino lo que perdí, lo que no encuentro ni en las noticias ni en los rincones de este mapa sin orillas. Si fuera anamnesis se acortaría la distancia entre aquellos hechos y mis palabras. Podría contarlo porque recordar me abriría un saber. Pero, ¿qué me abre esta escena? La repito una y otra vez y no logro meterla en el tiempo. Sigue congelada, no soy capaz de destrozarla y armarme otra, una que tenga salida y me deje escapar de una vez por todas, una que me deje correr y correr y no volver más al momento en que me arrancan de mi mundo y quedo atrapada para siempre en un terror centrífugo y centrípeto. Paralizante. Pataleo y grito mi nombre en la vereda con todas mis fuerzas, pero pierdo. Estoy en el Ford Falcon y no puedo salir de ahí aunque hayan pasado veintinueve años y yo esté en mi oficina traduciéndole a un alumno el epígrafe del cuento de Cortázar: “Estos ojos no te pertenecen, ¿de dónde los sacaste?” Giro los ojos hacia la ventana y veo, nítido, el panorama de la ciudad: un laberinto, un espacio ajeno donde pierdo el rumbo. Doy por terminado el día laboral y busco el auto para volver a *University Heights*, mi barrio. A mitad de camino me refugio en mi lugar favorito, *The Tender Bar*. Pido una copa de Carmener,

Fragmento